

ciones para el buen raciocinio, sobre todo aplicadas al estudio de la cuestión social, lo revela también la consideración de que no hay ser humano que no la analice y juzgue á su manera, y aun con extraordinario apasionamiento. Es natural que así sea, porque á todos nos afecta intensamente, ya que ella entraña nuestra libertad, nuestra salud, nuestra propia existencia. Pero, ¡cuántos absurdos se dicen, cuántas contradicciones se manifiestan, cuántos esfuerzos, abnegaciones y sacrificios se verifican, verdaderamente contraproducentes!...

Todo el mundo cree estar preparado para resolver la gran cuestión, cada uno tiene sus sistemas y sus convicciones; y sin embargo, el que bien observa ve que las gentes se agitan en el vacío sin adelantar gran cosa, y pocos, buenos filósofos, pasándose sendos años consagrados al estudio, mucho hacen si consiguen desembrollar algo la confusa madeja social, cuyos anudamientos más formidables elabora el artificio de la ignorancia.

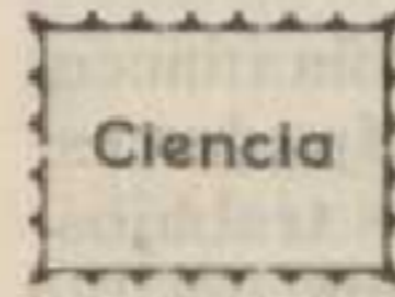
La ciencia social es de suyo difícil y compleja, y es inútil pretender comprenderla por reflejas intuiciones ó por inspiraciones sentimentalistas; pues ni las ideas se elaboran en nuestro cerebro sin aportar á él buenos materiales, ni es el sentimiento otra cosa que una natural resultante de la facultad razonadora y de la potencia social.

Debemos poseernos bien de estas verdades: que vivimos muy distanciados de la naturaleza y de la ciencia; que sin ciencia y naturaleza, nos hallamos en los dominios de la arbitrariedad y de la ignorancia; y que, en estas condiciones, confundimos la verdad con el error, lo justo con lo infucuo, lo natural con lo artificioso, lo bueno con lo malo.

Por un esfuerzo de voluntad, á que nos invita la Naturaleza, siempre ingenua, siempre abierta, podemos libertarnos de las quimeras y pesadillas que enervan la facultad pensante, y entonces, por nuestro bien individual y colectivo, dediquémonos al estudio, filosofemos, y cada uno adquirirá, se-

gún su capacidad, caudal científico bastante para conocer los datos del problema y tratar de resolverlo.

Pero comencemos por adoptar una *libre y sana filosofía*.



Si la buena filosofía es el único medio para lograr la positiva sabiduría, el fin propuesto es la ciencia, pues *la ciencia es la sabiduría de las cosas por principios ciertos*. Todo nuestro interés debe concretarse á saber la verdad, para no caer en el caos de la confusión; y verdad y ciencia son una misma cosa. Si ésta se fracciona no es más que para facilitar su estudio á cuantos anhelan poseerla. El método de la división del trabajo favorece el perfeccionamiento. Un buen diccionario, por ejemplo, sintetiza el conocimiento de todas las cosas; pero él no es la obra de un solo sabio, sino la reunión de muchas inteligencias; cada una ha aportado á ella su especial caudal científico, trabajo relativamente fácil, y se ha formado con su conjunto ese monumento del saber humano, labor difícilísima, si no imposible, para la más preclara inteligencia. Así pues, si decimos ciencias exactas, ciencias médicas, ciencias naturales, ciencias sociales, no es que haya muchas ciencias, sino aspectos especiales de la ciencia, que es sólo una, como una es la verdad, como es una sola la Naturaleza, de cuyo conocimiento positivo emana la ciencia y la verdad.

Ahora bien: si á nadie puede ocultarse que fuera de la ciencia es imposible acertar en ninguna cosa, hallar solución á cualquier problema, eternizándonos, por lógica consecuencia, en los dominios de la ignorancia y por ende de la arbitrariedad, se impone necesariamente el estudio de la ciencia, que en nuestro caso especial es la *Sociología*, que ya hemos definido en un principio, convencidos de que donde no hay saber no hay verdad, ni derecho, ni justicia, ni libertad, ni garantías para nada ni para nadie. Y como precisamente todo esto anhelamos para todos y cada uno, pues á esta